

EL MACHETE

Prudencio parecía un joven venado, siempre en movimiento, los músculos en tensión y la mirada al acecho de cualquier enemigo. Era un bello ejemplar con su torso y pies desnudos, su sombrero de paja cuya sombra oscurecía aún más lo moreno de su piel y su machete afilado a la diestra. Nadie del pueblo lo recordaba sin este instrumento de trabajo y defensa. Era como una prolongación natural de su brazo. Con él trabajaba en la copra, mataba animales, se abría paso en la densa vegetación tropical, preparaba sus alimentos y anunciaba a quien quisiera saberlo que con él defendería su vida y la de su joven y amada esposa. El conocía y aceptaba las leyes de la costa: el que hacía algún daño lo pagaba con su vida. Aquí no rezaba la ley de la ciudad ni siquiera la antigua de ojo por ojo. Aquí ojo por vida, viva por vida, honor por vida, robo por vida. Natural se le hizo la muerte de su padre y la de dos de sus hermanos que cayeron en una emboscada. Ya la tenían sentenciada. Ellos mataron y es normal que pagaran con la misma moneda. Ya tendría él tiempo de vengarlos cuando regresaran los asesinos. Ellos siempre regresan. Sólo es necesario adelantarse para que ellos no maten primero. Por eso de su mirada. A cada paso puede aparecer un enemigo emboscado, llámese serpiente, soldado, guerrillero, traficante de drogas, ladrón de ganado, soldado. Nadie merecía su confianza, ni el cura del pueblo ni el maestro, menos aún el brujo que con todas sus hierbas no había podido curar de las fiebres a su mujer. En

EL MACHETE

el único que creía era en el Cristo Negro de la pequeña iglesia del pueblo. El sí era milagroso.

El día de su fiesta Prudencio dejó de trabajar y como él cientos de hombres y mujeres que acudían en procesión desde lejanos lugares. Temprano cortó con su machete un grueso ramo de flores para depositarlos frente al altar y pedirle al Cristo que aliviara a su mujer. Desde que ella se fue a vivir con Prudencio le pegaban las fiebres, cada día más altas. El día de hoy hasta la hicieron delirar. Es un castigo de Dios por haberme juido de mi casa, insistía ella, cada vez que las presentaba. No, respondía su hombre, lo que tú tienes es un simple aire colado, o más seguro, un mal de ojo. Te voy a llevar con un curandero de la sierra que ése si te va a aliviar.

Cuando regresó a su jacal vio a varias mujeres cubiertas. No tuvo la menor duda. Su esposa estaba muerta. Era el mismo cuadro que cuando mataron a su padre y a sus hermanos. Seguramente ella estaría ya arreglada, con el cuerpo cubierto con una sábana y una velas prendidas en la cabecera. Por supuesto que también habría flores y otras mujeres que rezaran o lloraran. Los últimos pasos fueron lentos, como si en cada uno de ellos se detuviera para estudiar la situación. Fue llenándose, no de dolor, sino de rabia. El primer impulso de las mujeres al ver su cara descompuesta fue el de huir. Ninguna se atrevió a dirigirle la palabra. Miro los ojos de una a una , como queriendo leer en ellos la respuesta a su duda. Al fin gritó con un sonido de animal herido. ¿Quién la mató? Esperó inútilmente la respuesta a su pregunta unos segundos. ¿ Quién la mató?, preguntó por segunda vez, contéstenme o no sé de mí. Cálmate, dijo la más vieja de las mujeres, nadie la mató, fue Diosito que se la llevó, El da y El quita. Sí, dijo otra de ellas, Dios quiso llevársela a su seno y nosotros tenemos que aceptar sus designios. El sabrá por qué lo hace.

EL MACHETE

Nosotros llegamos cuando estaba boqueando, no pudimos hacer nada por ella, dijo la tercera. Cuando Dios marca la raya no hay quien la brinque.

Al día siguiente la beata del pueblo, la que hace todos los días la limpieza de la iglesia al amanecer, no pudo dar crédito a sus ojos. El Cristo estaba decapitado y con varios machetazos en el cuerpo.

TOMÁS URTUSÁSTEGUI

1999